

LAUTH, Reinhard, *Transzendente Entwicklungslinien von Descartes bis zu Marx und Dostojewski*, Meiner, Hamburg 1989 (486 pp.)

El autor es sin duda uno de los mejores conocedores de Fichte, director de la nueva edición crítica que de la obra de dicho autor se está haciendo bajo el patrocinio de la Academia Bávara de Ciencias, además de autor de numerosas investigaciones sobre su pensamiento. Pero no es un investigador aséptico, sino entusiasta seguidor de Fichte, que le entiende como la culminación de la filosofía, en contra de toda posible superación de su filosofía trascendental que no puede ser más que una exageración y por tanto degeneración, como es el caso del idealismo absoluto de Schelling y Hegel. Como afirma en el prólogo, todos sus estudios, incluso los aparentemente más historiográficos y filológicos, están dominados por la intención fundamental de separar inequívocamente la filosofía como ciencia o trascendental de la pura especulación (p. VII).

El libro es una recopilación de estudios, la mayoría de los cuales ya publicados por separado, algunos aún inéditos, casi todos con el mismo origen: conferencias o ponencias en congresos. Sin ser un estudio historiográfico llevado a cabo de modo sistemático, el contenido responde exactamente al título. Hay estudios sobre Descartes, Rousseau, Kant, Fichte, Reinhold, Jacobi, Hegel, Schelling, Dostoiévski, siendo casi todos ellos estudiados en sus relaciones: visión que Fichte tiene de Spinoza, crítica de Fichte a Kant, relación entre Kant y Fichte o entre Fichte y Jacobi, interpretación jacobiniana de Descartes, etc. Con ello se echa ciertamente mucha luz sobre un período (el que podríamos llamar clásico de la filosofía moderna) y sobre una filosofía: la trascendental. Al final de cada estudio se indican

otros estudios del autor sobre el mismo tema; estas referencias dan cuenta del documentado conocimiento del tema, así como de la amplitud de la investigación del autor.

Como se ha insinuado, estos estudios, aún siendo historiográficos, están lejos de ser puramente historicistas. Seguramente se les podría aplicar lo que según el autor respondería Descartes a los historicistas: «no me interesa si y por qué lo dijeron, sino si es verdadero lo que dijeron» (p. 16). Y ello por fidelidad al propio planteamiento de la filosofía trascendental. La filosofía trascendental es entendida como aquella filosofía que fue inaugurada por Descartes, desarrollada en la crítica de la razón kantiana y en la doctrina de la ciencia fichteana y que se basa en el pensamiento fundamental de que la filosofía, como ciencia del conjunto de principios de la realidad, todo lo que afirma ha de mostrarlo como sabido en verdad (p. 360). La filosofía trascendental, portanto, no es entendida puramente como filosofía de la conciencia, en contraposición a una filosofía del ser o del objeto (ni como filosofía moderna en contraposición con la antigua), sino como síntesis de idealismo y realismo, precisamente como la superación del subjetivismo/escepticismo y del objetivismo/dogmatismo; puesto que la filosofía de la conciencia y del pensar remite al ser que lo posibilita, el cual aparece en el pensar; pero a la vez el pensar es tal si es del ser o de la verdad y no al revés. Esta concepción, que subyace en todos los estudios, está claramente expuesta en el que versa sobre la filosofía de Descartes como proyecto de la filosofía moderna (pp. 20ss.).

La filosofía trascendental es además esencialmente práctica, es una filosofía de la libertad, por ello no llega a su plenitud cuando se desarrolla como ciencia, sino cuando se realiza en una forma de vida. De aquí que el autor integre dentro de estas líneas de evolución de la filosofía trascendental no sólo a los autores más tópicos como Descartes, Kant, Fichte, Reinhold, etc. (además de Schelling y Hegel que son estudiados por contraste, cfr. especialmente pp. 360ss.), sino también Rousseau, Marx y Dostoievski. Sobre todo que éste último sea integrado dentro de esta historia puede extrañar. Este hecho puede

ser considerado una muestra de la amplitud de intereses y saberes del autor; de hecho es un buen conocedor de Dostoievski, a quien cita en el original ruso (y en general de la literatura rusa) y del que más de una vez ha ofrecido lecturas filosóficas o lo ha integrado dentro de la filosofía; a veces como contrapunto a la filosofía marxista -hasta ahora imperante en aquellas repúblicas- como si quisiera mantener viva la memoria del alma rusa, que por mucho que se haya volcado en la defensa del sufriente no por ello ha perdido el corazón ni la fe.

Gabriel Amengual